Media de Lorazepam por la mañana

virginia yoldi yoldi

Capítulo 1

-Media de Lorazepam por la mañana, otra media al medio día con un escitalopram y una enterita por la noche. A ver si duermes y te vas viendomejor.La visita en salud mental te la darán a la salida. Te hago el volante preferente, así que espero que te citen pronto. Cuídate mucho y si estructuras esos pensamientos sobre la muerte o sobre terminar o como quieras llamarlo, contactas conmigo inmediatamente. ¿Vale? Cuídate.

-Gracias, Maite.

Cierra despacito la puerta de la consulta. Ella siempre cierra despacito las puertas (odia las estridencias) y se acerca despacito al mostrador de la entrada, tan emocionada que tiene ganas de llorar. Solo ha sido capaz de decirle"gracias" a su médica, pero si no se hubiera contenido se habría dejado abrazar, acariciar, besar…le hubiera encantado hablarle del tiempo que hacía que nadie parecía verle, de lo sola que se siente. De cómo ha sobrepasado la cincuentena sin hacer nada de lo que le ilusionaba cuando no se había dado cuenta de la mierda que es la vida, de lo asquerosas que son la mayor parte de las personas. De lo sola que está. De lo solos que estamos.

Vale. Es obvio que está deprimida. Clínicamente deprimida, y que por lo tanto está casi contractualmente obligada a que la vida le parezca una mierda y las personas seres asquerosos, egoístas y deshonestos. Algunos,malvados; otros, la mayoría, esféricamente estúpidos, y casi en sutotalidad faltos de principios, de ideología, de empatía y en general, de simple bondad. Pero tampoco es algo que no supiera hace mucho tiempo y con lo que se hubiera acostumbrado a convivir. Quizá el sarcasmo que sus amigos le atribuían, o ese sentido del humor negro y malvado en ocasiones no habían sido sino armas para no caer donde hoy se encontraba. Intentando bracear en una piscina de gelatina densa y oscura sin saber hacia dónde. Sin punto de referencia de en qué dirección le espera la superficie para poder simplemente respirar. Es lo que hay.

Lorazepam. Suena bien. Tiene cuatro sílabas, lo que le da una intrínseca musicalidad, y es además de rima fácil. Si hubiera la menor posibilidad de que su sentido del humor se encontrara desparramado en su bolso junto a paquetes de tabaco vacíos, tiques de visa añejos ya, monedas sueltas y

una variedad de objetos inútiles (estarán las llaves en el bolso?, seguro que improvisaría un poema gracioso para sus amigos, si tuviera la menor intención de verles, claro. Uff! El sentido del humor no está, pero sí las llaves.

Coge el coche para huir hacia su casa. En la autopista le espera ese pilar que lleva meses viendo como una oportunidad. Le cae bien. Siempre firme, sosteniendo el puente sin preguntarse por qué. En realidad,comenzó a caerle tan bien que de algún modo ha sido el que le ha convencido de pedir cita en el médico. Verlo cada día, saberlo ahí, al final de la curva… todo parecía demasiado fácil. Creo que Maite interpretaría este pensamiento como una estructuración peligrosa de sus pensamientos sobre la muerte, pero realmente no lo es. Solo quiere saber qué le llevaa entablar relaciones íntimas con elementos arquitectónicos, y quiere, sobre todo, llegar a casa. Hace más de una hora que ha salido.

Podría verbalizar que desea morirse si la muerte fuera como llegar acasa, o como dormir, porque el ruido de la puerta tras ella es dulce y definitivo. Como si en lugar de una puerta de calidad dudosa, separara el recibidor de la calle una puerta blindada de metros de espesor, como las de las películas de atracos. Bien es cierto que no está muy bien cuadrada, y deja entrar una corriente de aire por debajo que quita la moral en los días fríos, pero todo lo demás se queda fuera. Vecinos, amigos, conversaciones que no quiere tener, decisiones que no quiere tomar…la puerta al cerrarse lo deja todo fuera y susurra con dulzura…mañana. Quizá mañana llame a alguien para tomar un café. Quizá mañana pueda decidir qué hay que hacer con la demencia de la abuela. Quizá mañana pueda perdonar al abuelo que al hablar por teléfono casi pueda oler el vino en su aliento, y que se le empasten las palabras. Quizá mañana el poste dela autopista solo sea eso: un poste.

51 años. Su yo de cada mañana, el que se levanta cansado y sin ganas de arrancar tras una noche habitada por lo general de pesadillas o de sueños húmedos con personas de lo más insólito, no tiene 51 años, desde luego. Suele empezar con un buen par de tazas de café solo y bien cargado antes siquiera de tomar una ducha. Es como si le costara ser consciente de que sigue viva, o como si le decepcionara estarlo, y le atenazara la pereza de tomar conciencia de su realidad. Cuandotoma el café con el fondo sempiterno de la radio, es la chica de 23 años que está a punto de terminar la carrera y que no tiene la menor idea de lo que va a hacer. Que ya sabe que se equivocó al estudiar periodismo, pero le faltaron agallas para decirlo en casa, y, por otra parte,tampoco tenía claro cuál era la alternativa. Filología, quizá, o filosofía, o sicología… Ante este derroche de certidumbre lo más fácil fue dejarse llevar hasta conseguir un título universitario que ni se ha molestado en recoger.

Total, lo que Vera iba a hacer hasta que llegó el primer tsunami, era escribir, y escribía. Todavía está en alguna caja una prolífica colecciónde historias que ya no quisieron ser leídas cuando la ola arrasó con cuadernos y plumas, montones de folios mecanografiados y los que esperaban en blanco, cuando arrastró tantos escombros hacia ella entre las palabras, los silencios, las presencias inoportunas, las clamorosas ausencias, el cinismo, la brutalidad, que quedó entumecida. En su piscina de gelatina, sabe que todavía no ha salido de ese entumecimiento que la sumergió en un "no ser", "no querer", "no esperar" . Qué rico el café!

Cuando al fin se desnuda para meterse en la ducha, una extraña en cuyo cuerpo todo parece haber aumentado menoslas tetas le hace un gesto muy grosero desde el espejo.

-¿Tú quien eres, gorda? y ¿Dónde has dejado tu cintura?

-¿De verdad quieres que te conteste a eso? ¿No te resulto familiar? No sé,lo digo por esas ingles que piden a gritos una sesión de cera, y esas blanduras en las caderas de las que estabas tan orgullosa. ¿No te recuerdo a nadie? ¿Ni siquiera a la mamá?

-Joder, qué putada

-Vamos a ver, nena. Tienes la menopausia, estás tan triste que pareces un cachorrito (de Sahr Pei, eso sí, pero un cachorrito

-¿Lo dices por las arrugas?

-No, por lo tierno, no te jode…

-Pero qué puta eres

-Vale, lo que tú digas. Yo solo te recuerdo que llevas como cinco años hartándote de chocolate, queso, embutidos varios y que se te hace la boca agua ante cualquier alimento sobresaturado en grasa o en azúcar. Por no hablar de la cerveza. Espero que todo esto conteste tu primera estúpida pregunta.

-Pues sí. La contesta. Vete a la mierda, gorda

-A la mierda te vas tú, que estás hablando con el espejo, capulla.

Así, cada mañana, una niña de 23 años se levanta de la cama, se maquillaen un ritual que cada vez va necesitando más ingredientes, se disfraza de directora de oficina y consigue meter a una señora de 51 años en el coche para llegar al trabajo, siempre puntual, siempre motivada, siempre pensando que hoy irá mejor, y que vuelve siempre tarde, siempre cansada, siempre culpable porque no ha tenido tiempo de ver si la abuela

tenía comida caducada en el frigorífico, o si el abuelo ha bebido demasiado para darle bien la medicación y que se ha encontrado con el poste de la autopista haciéndole un guiño.

Bueno, ahora no, porque creo que en la médica se ha encontrado frente a una niña menopáusica atropellada por su vida y ha decidido que empecemos por el Lorazepam, hasta que me vea el siquiatra. No va a ir a trabajar en una temporada. Le importa un carajo.

Suena Pink Floyd, y el Renault 4 de un amarillo indefinible traquetea por el estrecho camino de la universidad en dirección contraria a la puerta,claro.

Rubén, conduciendo, tararea cada canción y Vera le pide que le vaya traduciendo.

Two of us, dos de nosotros. Dos de nosotros que ahora van solos en un coche amarillo camino de cualquier bar en el que enseñarse lo último que han escrito, en el que tomar un café cogiendo la taza con las dos manos para entrar en calor, en el que charlar dejando que las horas pasen lejos de la facultad. Dos de nosotros que no ven venir la sombra que se cierne sobre sus cabezas. Se ríen. Se ríen mucho, y eso que comparten un sentido trágico de la vida.

Entonces, estaba permitida la contradicción. Estar contra todo y contratodos, considerar estúpidos a quienes no pertenecían al microscópico cosmos en el que se defendían del capitalismo, de la pijería de launiversidad y de la supuesta intelectualidad que los niños bien cargaban en sus Seat Ibiza nuevecitos. Todo negro, futuro negro, ropa negra,oscuros pensamientos sobre todo lo castrador de la pequeña ciudad de provincias, de su educación católica, de la mierda de conformismo que parecían abrazar todos al ritmo de los nuevos grupos de la movida y de drogas sintéticas. Pero ellos… felices de tanto sufrir. Riéndos de su pinta de panolis, futuros escritores cambiamundos, mirando desde arriba tanta vulgaridad.

-¿A qué hora te acostaste anoche?

-No sé, serían como las dos. No me podía dormir, y no me apetecía levantarme a escribir. Hacía un frío de cojones. Esa casa de noche es un congelador, así que me qudé escuchando música calentito bajo las mantas. "Los grandes" se avergonzarían de mí. Qué poca capacidad de

sacrificio.

-Así que no tienes nada para mí, vago de mierda. Y quiénes se supone que son "los grandes? ¿Seres atormentados, adictos a todo y que malviven en habitaciones alquiladas? A ver si lees un poquito menos y escribes un poco más, que te has quedado en el siglo XIX

-No me embronques, que me duele la cabeza

-Será del esfuerzo de inventarte la figura del escritor estacional. Hiberna con el frío y se llena la boca de noche y estrellas cuando la noche y las estrellas no precisan un jersey gordo. ¿Otro café?

Sonríe y dice que sí con la cabeza, mientras le hace ese gesto con las manos con el que reclama lo que sabe que lleva para él. Hoy es uno de esos juegos de palabras y canciones que cuentan una historia conjunta de la que Vera está orgullosa

"Y cómo pasa el tiempo, que de pronto son años. Una pequeñaparada.

Un alto en el camino y una mirada alrededor.

Cuesta localizar el principio. Cuéntame una historia. Mi unicornio azul ayer se me perdió. No quisieron hablarme las flores que había dejado, pero tú estabas ahí, también callado, también azul.También.

Mi unicornio y yo hicimos amistad. Me sentí bien contigo desde el principio. Algo nació. Tú naciste en mí y yo nací en ti, y nos reconocimos. Llegó la magia. Es fácil de reconocer. Un día me dormí deseando ver amanecer el lunes que llegaba, y una canción cobró sentido porque mentía "I like Mondays " Dime por qué. No lo sé. Tú. Yo. Llegó el momento de la maniobra sutil del encuentro. ¿Vendrá? ¿Estará esperando? Estabas. Yo tenía un libro negro con mis poemas, y no nos lanzaron un hueso porque nos fuimos buenos. Las manchas de nicotina crecen en nuestros dedos. Juntos. No lo entenderían. A veces, Vera te llama y "Nobody home". Te odio entonces, pero en medio de una confortable laxitud, tú dibujas un paisaje y me lo haces vivir. Vivir, con o sin ti. " With or whithout you ". En ti. Por o para ti. A pesar de ti , a veces.

Todavía no he encontrado lo que estoy buscando. Tus ojos siempre tienen un extraño brillo, como si estuvieras a punto de llorar. ¿Quéhace un chico como tú en un sitio como éste? No lo sé.

Cuéntame una historia; una historia sobre una caja de jabón a quien alguien escribió una ópera. Una historia sobre pieles azules o hamores con h o las verdes patas de una oveja empeñada en mugir. Una historia.

Sí. Tú. Yo. Una historia"

-Está muy bien –Su nariz es grande y aún parece mayor cuando lee inquisitivo cada párrafo- pero estás loca, y puntúas faltal. Yo sé dónde quieres poner las pausas, y habría que haber estado escuchando mucha música contigo para entender lo que dices

-¿Y?

-Nada. Que a mí me parece precioso, pero no escribes solo para mí ¿verdad?

-Claro que no. Solo que eres el único que lo lees. Cuando publique y cuente mis historias, podrás reirte cuando todos pretendan interpretarlas. Podrás, incluso, dar conferencias sobre la esencia de la escritura en las historias de Vera Ruete, como único conocedor de su secreto.

-Joder con el ego, bonita. Conferenciante sobre "TUS OBRAS". Gracias por el título, que acepto muy honrado

-Te compro el sarcasmo, pero como sigas tu tendencia a autor estacional...ya me dirás sobre qué voy a dar yo las conferencias.

Dos de nosotros a los que en plano cinematográfico veríamos en su mesa de siempre seguir hablando, riendo, jugando a transformar canciones en relatos cortos, leyendo las cartas que se han escrito mutuamente en lugar de tomar apuntes.

La cámara sale por la ventana para que se vea que pese que no ha anochecido, algo muy oscuro les espera en la puerta, y no parece tener prisa.

Es el primer tsunami, pero jugará mucho con ellos antes de hacerlo todo añicos. Por el momento, les observa y se divierte. El canalla desliza sus dedos entre las tazas de café y las colillas acumuladas en el cenicero, y juega al despiste. Puto sicópata con hombreras y el pelo cardado, no se molesta en asumir lo ridícula, lo sujeta al azar que es su presencia. Te toca, no te toca...son los ochenta y se barrunta el silencioso acercamiento de lo que será una condena en la vida de Vera según la cual cada vez que algo dependa de la suerte; cada vez que el azar tenga puesto en la mesa...siempre, siempre...ganará la banca.

Hoy, Vera no sería capaz de escribirle una de esas cartas largas, de folios y folios escritos durante semanas, como en un diario en el que conseguían no estar solos y que luego echaban al correo, o directamente en el buzón aunque fueran a verse a las dos horas. Si hoy escribiera una de esas cartas, el encabezamiento sería "Esto no era".

Jamás pensaron en ellos mismos como en personas con un brillante futuro.

Era una de las infinitas cosas que les separaban de sus compañeros de la facultad, brillantes, con aplomo, envueltos en seguridad, y que les unía entre ellos. Vera y Rubén, símplemente vivían. Con el tiempo llegó a pensar en él como en alguien muy egoísta, que le arrastró a una vida sin esperar nada, llena de palabras, de historias, de cafés contemplando la lluvia al otro lado. El primer tsunami llegó con tal fuerza, que jamás le preguntó si en aquellos días en los que nada esperaban del futuro él era consciente de que no lo tenía. No está segura de querer saberlo. Solo le ayuda cuando la culpabilidad por cómo sucedió todo le muerde las entrañas y le hace suplicar que vuelva de donde coño esté, Se convierte en un Heathcliff desesperado esperando que aún esté deambulando entre los vivos, que pueda venir un momento con ella, que toque los cristales de la ventana una noche de bruma. Y gritar en la oscuridad:

"Ya sé que hay fantasmas que yerran por el mundo. ¡Estate siempre conmigo...toma cualquier forma...¡Vuélveme loca!Pero no me abandondes en este abismo en el que no puedo hallarte

En momentos menos intensos de vacío, que también los hay, suele comprender su silencio; su necesidad de inventar que le quedaba una vida como si fuera una historia, y que hubiera desaparecido si reveleba el atroz argumento. Es entonces cuando le reclama con la dulzura del amor de piel y susurros, y le recuerda que quedó demasiado por decir en medio de aquel silencio del que se visitió el final. En esos momentos, busca una mesa en un bar de los que compartieron, y piensa en voz bajita:

"A las aladas almas de las rosas del almendro de nata te requiero,que tenemos quehablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero."

Seguro que la carta empezaría con una alusión a la lluvia, o a la nieve, o a la noche. Siempre se escribían de noche, a veces, aunque hiciera frío.

En el centro de la ciudad 3 de febrero de 2018, casi 27 años sin ti.

Ha nevado poco este invierno, y al duende de pies blancos se le están poniendo del color de la piel humana. Eso le entristece. Hace una vida que

nos dejó, pero de modo callado, casi travieso, se guardó el secreto de que desde su yo de después de muerto nos vio arrojar tierra sobre su tumba,nos vio llorar, nos vio a todos unidos en una pena que nos desgarraba las entrañas, indignados por la injusticia de su muerte, todos juntos: en un abrazo quienes estuvieron a la altura, en un vacío culpable quienes no lo estuvimos, quienes no quisimos ver, quienes quisimos ahorrarnos el espanto jugando a que esto no era real; era otra de tus historias. Tú, desde tu nueva consciencia sabías que esa unión, sin ti, terminaría. Sabías que no podríamos perdonarnos los unos a los otros el hecho de seguir vivos.

Seguro que sentiste lástima, y que ahora, tantos años después has seguido viendo cómo nos iba a cada uno por nuestro lado, lejos todos, y nos has escrito cartas que no puedes mandar, pero que te ocupan en esa eternidad a la que accediste, esa confortable laxitud que tantas veces cantamos a voz en grito en tu Renault 4 de un amarillo indefinible.

El abrazo se rompió, como no podía ser de otro modo. Este estar sin ti nos fue haciendo añicos los lazos. Pienso mucho en todos ellos, y sé que de vez en cuando ellos piensan en mí.

Con Urtzi duró un poco más. Se esforzó por seguir vinculado a mí. Me quería de verdad. Estuvimos unos años viéndonos de vez en cuando, vino a mi boda, llegó a conocer a Anne (cómo te hubiera gustado, cómo os hubierais gustado. Que sepas que se reiría de ti, que serías para ella el amigo loco de la tía, el que se tira de la barba intentando recordar historias, pero sé que las habrías construido para ella. Historias bonitas, o surrealistas, incluso con un toque inquietante…y a ella le habrían encantado. Le he hablado mucho de ti, y no entiende nuestra historia, pero pertenece a ese grupo pequeñito de personas que no necesita entender para hacer suyos los momentos. Creo que necesita hacerme preguntas, sé que teme inmiscuirse en esa parte de mí que siempre ha estado cerrada, pero ya tiene 20 años. Me hará preguntas, y yo le diré la verdad, como he hechosiempre) vaya paréntesis largo. Licencia literaria que me habrías echado en cara al momento.

A lo que iba. Urtzi formó parte de mi vida hasta hace unos años, quizá hasta el momento en que yo, a base de hacerme pequeñita poco a poco,simplemente desaparecí. Hoy he soñado con vosotros. Las pastillas me provocan un sueño profundo que a veces me lleva a lugares recónditos de mis recuerdos.

Esta noche necesita especialmente el calor de su cuerpo a su espalda. Su brazo rodeándole y cogiendo con ternura su teta izquierda. A Vera le encanta llamar tetas a las tetas. Palabras como senos, o pechos, nos alejan del animal que somos. No le gusta suavizar las palabras, como en un photoshop verbal que hace que no suene bien la palabra teta, o viejo,o loca. Hecha esta innecesaria explicación, la mano de su chico forma el cuenco perfecto en que acomodarla. Sus tetas son pequeñas, casi como de niña, y hay momentos en que sentir su mano buscándola para acercarle más a él le proporciona el precioso espejismo de que todo en el mundo está en su sitio.

Nada en treinta años ha mitigado esa sensación cálida y placentera.

Está asustado. Vera lo sabe, pero no puede hacer mucho en este momento. No le sobra el menor ápice de fuerza para cualquier cosa que nos sea levantarse de la cama, mantenerse en pie y caer directamente en el sofá. Ni siquiera puede leer. La indeleble gelatina le ha robado también eso. Ahora que necesita más que nunca vivir otra vida, ver otros paisajes y, por qué no decirlo, juzgar a personajes que no suelen actuar como ella lo haría, pasea su mirada por la página y al rato se da cuenta de que lleva minutos releyendo el mismo renglón, sin enterarse siquiera de qué dice. Lo mismo le daría tener ese libro en concreto en las manos que el listín telefónico. Así que se cabrea, se enciende un cigarro, otro, y enciende la tele para que su mundo espeso y absurdo no difiera tanto de lo que le devuelve la pantalla. A veces, se da un paseo por el pueblo pequeño en el que vive, y que suele estar vacío en las horas en que la gente trabaja, de modo que solo se cruza con gatos, y puede sentarse en un banco de la plaza a seguir fumando cigarrillos sin que nadie venga amigablemente a implicarle en una charla que no le apetece tener. Así va dejando pasar las horas, esperando que el sonido de las llaves en la puerta le marque la vuelta de quien ha sido su compañero. Ese momento siempre le alegra. Fidel no ha querido entrar en su gelatina., y ella no le culpa. El problema es que por mucho que le tienda la mano desde fuera, como en el borde de una charca, no puede acceder a ella, ni ser consciente de sus intentos desesperados, de su boquear frustrante que apenas le da el aire para sobrevivir. Entrar en la gelatina le supondría asumir lo real del deseo de Vera de morir, y eso le plantearía demasiadas cuestiones; y Fidel no es un hombre de reflexión. Fidel solo quiere que todo vuelva a ser como antes, aunque eso implique que la persona que duerme a su lado no viva su realidad, sino la que le han impuesto entre egoísmos y mansedumbre. Entre el deseo de complacer y quienes se dejan querer sin mirar la etiqueta del precio, porque pagan otros.

Vera no duda del amor de Fidel. Le quiere. Ya le quería cuando se sentía parte de una extraña relación a tres en la que la ausencia de carnalidad con el tercero en discordia no le legitimaba para sentir unos celos

convencionales, pero su sola existencia le sumía en un desconcierto que le complicaba los sentimientos. Probablemente, le odiaba, pero jamás intercambió una sola palabra con él. Era dolorosa la consciencia de que había algo entre ellos, y de que lo que había era además real, profundo. Pero nunca pudo competir con un rival invisible, y que además, según su humana, comprensible y cruel percepción, tuvo a bien desaparecer de la escena.

Era, a fin de cuentas, un buen chico, enamorado, que tenía planes convencionales de familia, de pareja que se coge de la mano y que se demuestra cariño, de complicidad, y que se había encontrado con una estudiante que quería ser escritora, que vestía de un modo que a él le horrorizaba y que de algún modo encajaba con él, aunque vistos desde fuera formaban una pareja singular. A veces, cuando iba a buscar a Vera se preguntaba si bajaría una existencialista atormentada, una hippie despreocupada, una militante anarquista que acababa de leer algo que necesitaba contarle o una simple estudiante que se había esmerado en parecerse a lo que él esperaba. Lo hermoso de todo esto era que saliese la Vera que saliese del portal...él la amaba.

Le encantaba salir con ella. A Vera, criada en un modo de vida en el que la cuadrilla es lo primero, en el que los chicos hacían quedadas sin las novias para hablar de fútbol o de mujeres, o de cosas de chicos, le encantaba que a su novio no le gustara el fútbol, y considerase el mejor de los planes un paseo por el casco viejo, y una vuelta con el coche para buscar un rincón escondido donde hacer el amor. A ambos les encantaba un bar alejado, de ambiente extraño e impregnado de una cierta decadencia, donde podían escuchar música alejada de la "movida", clásicos del rock, desde los Rolling a Deep Purple pasando, desde luego por Boston. Cada vez que ponían el More that a feeling, caía un trago de cerveza, una mirada y un suspiro de satisfacción. En mitad de la nada y sin la menor infraestructura, el local les permitía tirarse en cualquier rincón en las noches de verano a mirar las estrellas, abrazados siempre, discutiendo sin acritud sus elementalmente diferentes visiones de la vida. En el fondo, el amor no es complicado, y Vera y Fidel lo han ido demostrando a lo largo de una vida. No tenían demasiado en común, pero eran cosas importantes: amaban a los animales, el dinero les traía sin cuidado, y no se cansaban de intentar acercar al otro a la postura que cada uno tenía con respecto a otros aspectos. Si lo lograban...genial, y no ocurrió pocas veces. Si no lo lograban...se reían. Siempre supieron y han sabido hasta ahora reirse de sus diferencias, y solo el amor real posibilita esto. Una vida juntos que se ha basado no en el "te quiero por lo que eres" sino en el "te quiero a pesar de lo que eres". Te quiero porque te quiero, porque no imagino mis mañanas sin tí. Porque te sigo llamando del trabajo solo para saber cómo estás, porque sigo cogiéndote de la mano cuando vamos por la calle, aunque deteste esas faldas largas y tus malditos botines, y tú te partas de risa con mis mocasines y mi corte de pelo de barbería Porque este sofá que compramos no me gusta porque no nos tocamos como en el

viejo. No sé; pequeñas cosas que han construído una vida dentro de la cual, a pesar del destrozo del primer tsunami, Vera ha conseguido ser razonablemente feliz. Hasta ahora.

Al final, se casaron. A Fidel le hacía ilusión hacerlo "bien", y tras una primera negativa por parte de ella, se organizó la boda. Eran principios de los 90, lo que implicaba que si optabas por una boda civil, podías estar haciendo cola en el juzgado junto a varios detenidos esposados, rodeados de policía y respirando una hostilidad como de película oscura, así que optaron por una boda por la Iglesia. Por empezar bien, como decía Fidel.- Venga, cariño. Qué más te da añadir el de novia a tu lista de disfraces? Sé una novia por mí, y por tu padre, y por tu madre. No sé. ¿Tánto te cuesta?

Y Vera cedió, y muy en su línea, decidió transformar en la medida de lo posible la realidad. Consiguió encontrar lo que en aquellos años se llamaba un "cura rojo", que les disculpó del curso prematrimonial (eso hubiera sido demasiado), y que le dejó seleccionar unos textos del "Cantar de los cantares" para la ceremonia. Al final, quedaría bonita. Una iglesia muy chiquita con flores amarillas y...al lío.

Al lío que se montó la noche de la víspera, el cura rojo de marras llamó a Vera diciéndole que estaba malo malísimo, con fiebre, en la cama, y que ni podía casarles ni sabía de quién.

-¿Cómo coño busco un cura de hoy a mañana?

Al día siguiente, blanca y poco radiante en el vestido heredado de su hermana, Vera se casaba con Fidel en la pequeña iglesia con flores amarillas, sin aspavientos de las viejas ante el desbordado erotismo del libro de Salomón, muertos de aburrimiento en la ceremonia estándar que tuvo a bien celebrar el tío cura de una compañera de la universidad que no estaba malo malísimo, pero que era viejo viejísimo y pesado pesadísimo, y que escoraba según avanzaba en un sermón que le aburrió incluso a él.

Bueno. Ya estaban casados. Todos estaban contentos. Incluso Vera lo estaba.

" ¡Cuán hermosos son tus pies en las sandalias,
Oh hija de príncipe!
Los contornos de tus muslos son como joyas,
Obra de mano de excelente maestro.
Tu ombligo como una taza redonda
Que no le falta bebida.
Tu vientre como montón de trigo
Cercado de lirios.
Tus dos pechos, como gemelos de gacela.

Tu cuello, como torre de marfil;
Tus ojos, como los estanques de Hesbón junto a la puerta de Bat-rabim;
Tu nariz, como la torre del Líbano,
Que mira hacia Damasco.
Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo;
Y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey
Suspendida en los corredores.
¡Qué hermosa eres, y cuán suave,
Oh amor deleitoso!
Tu estatura es semejante a la palmera,
Y tus pechos a los racimos.
Yo dije: Subiré a la palmera,
Asiré sus ramas.
Deja que tus pechos sean como racimos de vid,
Y el olor de tu boca como de manzanas,
Y tu paladar como el buen vino,
Que se entra a mi amado suavemente,
Y hace hablar los labios de los viejos.
Yo soy de mi amado,
Y conmigo tiene su contentamiento.
Ven, oh amado mío, salgamos al campo

Moremos en las aldeas.
Levantémonos de mañana a las viñas;
Veamos si brotan las vides, si están en cierne,
Si han florecido los granados;
Allí te daré mis amores.
Las mandrágoras han dado olor,
Y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas,
Nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío, he guardado."

No habían sonado estas palabras en su boda, (gana la banca) y aunque le parecía estar viviéndolo desde fuera, se conformó. Eso lo hacía muy bien ya. Porque era una niña buena.

Vera fue siempre una niña buena. Pero buena, buena. Buena de dar asco, vamos. En un barrio obrero estaban los niños que iban a las escuelas y los que iban a colegio de pago. Arrancaban los años setenta, y su padre, que venía de un pueblo diminuto y de la portería donde su madre tenía que llamar señora a cada vecina cuando vinieron a la ciudad, había prosperado en un pequeño negocio, y estaba encantado de abrir a sus hijas la puerta de la "pequeña burguesía de barrio" que suponía el colegiode las monjas.

Era además una buena alumna. Sacaba buenas notas y se creía todo lo que le decían esas señoras de cofia y uniforme que hablaban con la seguridad de quien se cree en posesión de la verdad. Cuando venía una niña diferente, las monjas decían que teníamos que ser buenas con ella, porque era pobre, o huérfana de padre y pobre, o bizca como un demonio

y pobre… y Vera, huelga decirlo, era buena con ella. No se cuestionó hasta mucho tiempo después lo malnacida, lo intrínsecamente malvada que hay que ser para exponer a una criatura a la piedad pública. De hecho, nunca se cuestionó nada. ¿Cómo no iban a ser buena las monjas si eran monjas, y hacían colectas para los pobres, y les daban huchas con formade cabeza de chinito o de negrito para que también ellas, con su pulcros uniformes contribuyesen a la causa? Celebraban el mes de mayo con preciosos murales de flores para laVirgen, hacían ceniceros para papá y jarrones para mamá (nunca a la inversa) para regalárselos en sus días respectivos, celebraban los cumpleaños de las compañeras con la canción de los payasos, y ellas les traían chuches para todas (bueno, las pobres no, claro, y Vera tampoco, que tuvieron a bien parirle en julio y nunca pudo llevar chuches ni escuchar su canción. Menos mal que a las pobres se la cantaban aunque no hubieran llevado chuches ¡Qué buenas eran las monjas! En aquel estado de cosas, con el dictador vivo y firmando sentencias, los enterrados en las cunetas como fantasmas de los que no se hablaba y las colectas para el Domund, Vera hubiera seguido sin cuestionarse nada si no hubiera sido por una presencia a la que recuerda por su piel, su voz ,y por ser la persona del mundo que mejor olía.

Vera guarda su chaqueta negra de punto en una bolsa de plástico cuidadosamente cerrada. No le dejó a su madre lavarla, y así, cuando la necesita, entreabre con suavidad la bolsa y mete la nariz como un cachorro buscando la teta de su madre; inspira avariciosa y la trae por un momento a su lado. La abuela, su abuela bonita, pequeñita como una niña, dependiente a su pesar, pero que le regaló lo que nunca podrá terminar de agradecer: fue una fuente inagotable de criterio.

La abuela sabía que las monjas no eran buenas. Hija del bando perdedor, le habló de tantas cosas que el prestigioso colegio de pago obviaba, que nadó en una extraña esquizofrenia hasta que decidió a quien creer. Vera sabía que las monjas mentían, las pillabas a poco avispada que estuvieras, pero jamás escuchó mentir a mi abuela, y en su olor inconfundible a colonia Galardón y en su piel que parecía romperse de puro fina empezó a ser persona.

Capítulo 2

Vera formaba parte de una generación, posiblemente la última, que ha tenido el privilegio de criarse con los abuelos. A su abuelo paterno no le conoció.

Murió siendo su padre un adolescente, y solo llegó a saber de él que se mató al caerse del andamio en el que trabajaba, y que era muy bueno. Lo primero es un hecho que no se presta a interpretación. Lo segundo tomaba entidad al conocer a su padre. Un hombre bueno.

Si abuelo materno solo le dejó un recuerdo triste de su imagen enjuta y sus manos consumidas diciéndole "hola" a través de la ventana del hospital, donde pasó sus últimos meses sin contacto con sus nietas, aquejado de esa enfermedad que no se podía nombrar (vuelvo al amor a las palabras que no disfrazan), porque lo que Vera sabía es que estaba mal de los pulmones, y la realidad era que la tuberculosis, que se cebaba en quienes bebían más de lo que comían y trabajaron demasiado para alimentar a demasiados hijos, en una posguerra de perdedor, le devoró durante años sin remedio, obligado a agradecer a quien le contratara para cualquier cosa sin tener en cuenta su ideología comunista, solidaria y obrera.

El olor con el que Vera se crió fue el de su abuela materna. De la otra, no hay mucho que decir. Como madre de lo que hemos definido como un hombre bueno, que además contaba cuentos, se le concedía el mérito de haber hecho algo bueno en la vida. Pero su corazón...su rencor acumulado, sus aires de querer ser lo que nunca fue... En fin. Parió al padre bueno de Vera que contaba cuentos, y punto. Su abuela, su yaya, era la que fue a vivir con ellos siendo Vera muy pequeña, pero de la que no olvidó su imagen antes de eso, apoyada en la ventana a la hora a la que sabía que llegaban a verla cada domingo. Ella sí tenía las tetas grandes, o quizáse volvieron así tras amamantar ocho hijos, o quizá lo parecían por lo pequeñito del resto de su cuerpo. El caso es que las apoyaba en el alféizar de la ventana y esperaba, y luego sonreía y decía hola con su mano chiquitina, y corría hacia la puerta para que la encontrasen abierta.

Solo había que subir tres pisos para acceder a un mundo que quizá desde fuera oliese a rancio, pero que a Vera le encantaba. La enorme cocina presidida por una ventana desde la que se veían los tejados del mercado, y que, abierta, dejaba que el constante aleteo y gorjeo de las

palomas dotaran a la estancia de su propio sonido. Los hornillos de carbón con sus aros de hierro que la abuela levantaba con destreza con unos ganchos para que la lumbre calentara más la casa y le permitiera dorar esos torreznos para merendar, o hervir la leche para coger con una gran cuchara la nata que se generaba (...) y extenderla en una rebanada de pan con azúcar.

Cuando la vejez se cebó implacable en su cuerpo, tuvo que dejar fogones y palomas. Vera no recordaba el momento en el que cerró la puerta y bajó los tres pisos, así que es de suponer que quizá le consideraron pequeña, o estaba en el colegio. Pero cuando fue a ayudar a recoger las cosas, las fotos, los documentos que la abuela podía necesitar, sintió sobre la piel, con la certeza de una caricia inoportuna, la última mirada que la abuela deslizó sobre su cuarto, sobre su cocina, sobre el pequeño banco de madera pintado de verde en el que se subía para llegar a los estantes más altos de la despensa. Esa mirada se abrazó a la piel de Vera, que sintió por primera vez el escalofrío que deja un adiós en las yemas de los dedos.

Después, ya en casa, la vida con la abuela trajo consigo un cambio de rutinas que en cierto modo desbarató la vida de la familia, pero que a Vera le trajo historias, canciones, compañía, complicidad.

Reinventarse. Tiene guasa la palabra. Como si se hubiera inventado alguna vez, o como si no hubiera estado haciéndolo durante toda su vida. La depresión, la certificada clínicamente como depresión, ha pasado factura. Meses de sicólogos y siquiatras, de revisiones con la médica de la mutua y de alguna visita con algo de calor con Maite le han ayudado a aparcar su relación con el poste de la autopista. Se ha quedado sin trabajo. No es malo, Vera detestaba su trabajo, pero no deja de preguntarse qué va a hacer con su vida. Si ha de ser sincera, las cincuenta horas semanales en las que debía emplear todos sus recursos, sus capacidades resolutivas y su ingenio para esquivar las crecientes presiones de los nuevos propietarios de la empresa suponían la mejor de las escusas para no tener que mirar hacia adentro. Ahora tiene demasiado tiempo para hacerlo.

En casa de su madre huele a pis, y a viejo, o a pis de viejo. Cada día friega el baño y los suelos de toda la casa con productos perfumados, pero el olor sale siempre ganando. Es un olor triste, metálico y gris. Entra por su nariz y va distribuyéndose como una niebla interior hacia cada célula de su cuerpo hasta que está en ella, forma parte de su ser, y la convierte en un ser tan triste, metálico y gris como el olor de la casa, y entonces puede empezar a funcionar.

Siempre se encuentra a su padre sentado en el salón, leyendo el periódico. Ya ha completado su diaria rutina de bajar a comprar el pan y la prensa, y espera a oír sus llaves en la puerta. Su padre necesita de este

tipo de certezas para afrontar el día. Saber que alguien va a aparecer para limpiar, para preparar la comida, para intentar que su mujer salga de la cama, para recibir un abrazo, un beso y un qué tal estás. Es un hombre extremadamente delgado que fue realmente guapo cuando era joven, y que mantiene algo de esa peculiar expresión en la mirada que solo tienen las personas atractivas que saben que lo son.

Las sesiones en el sicólogo no terminan de ayudar a Vera a comprender por qué ha decidido quedarse con los recuerdos buenos de su padre en la misma proporción en que se ha aferrado a lo que de su madre le remueve un rencor arraigado y profundo que encuentra resquicios de maldad incluso en los mejores momentos.

De su padre recuerda que le contaba cuentos. No parece gran cosa, pero lo era hace casi cincuenta años, cuando las obligaciones de los padres con respecto a los hijos se reducían a trabajar durante la semana y a conducir los domingos hasta algún lugar cercano a la ciudad donde encontrar un poco de campo, unos árboles, y un tramo de río en el que poder bañarse si los ánimos estaban para tanta logística.

El padre de Vera, además de cumplir escrupulosamente con lo que llevaba implícito el contrato de paternidad en los años sesenta, terminaba cada día con un cuento. No lo leía (lo único que leía era el periódico y novelas del oeste). Él tenía una serie de personajes "en nómina", a saber: un chaval, un perro, una serpiente y a veces un caballo. Con ellos se las ingeniaba para improvisar situaciones de las que siempre salían airosos, y que a Vera le hacían sentir segura hasta que el sueño le vencía.

De lo arbitrario de sus recuerdos se dio cuenta Vera el día que le dijo a su médica que su padre era alcohólico, pero un alcohólico bueno. La cara de Maite ante esta expresión verbalizada con una seguridad inapelable le hizo sentir extraña, pero la gelatina era todavía demasiado espesa como para pretender bracear en esa dirección. Era su percepción, y por el momento era lo que había.